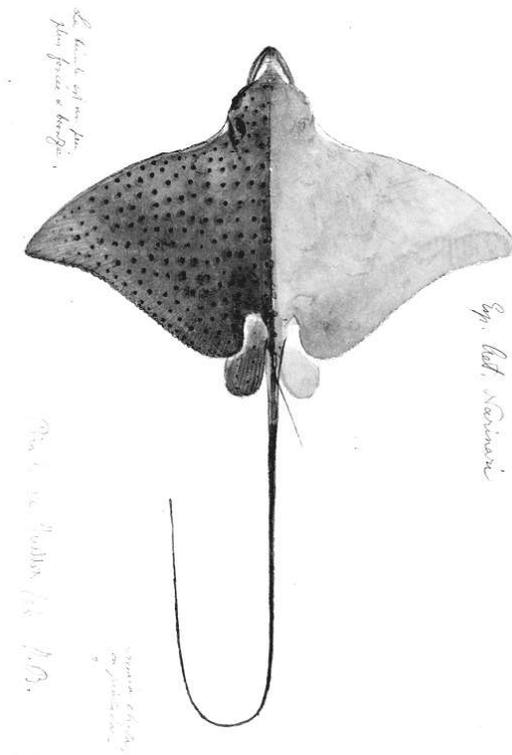
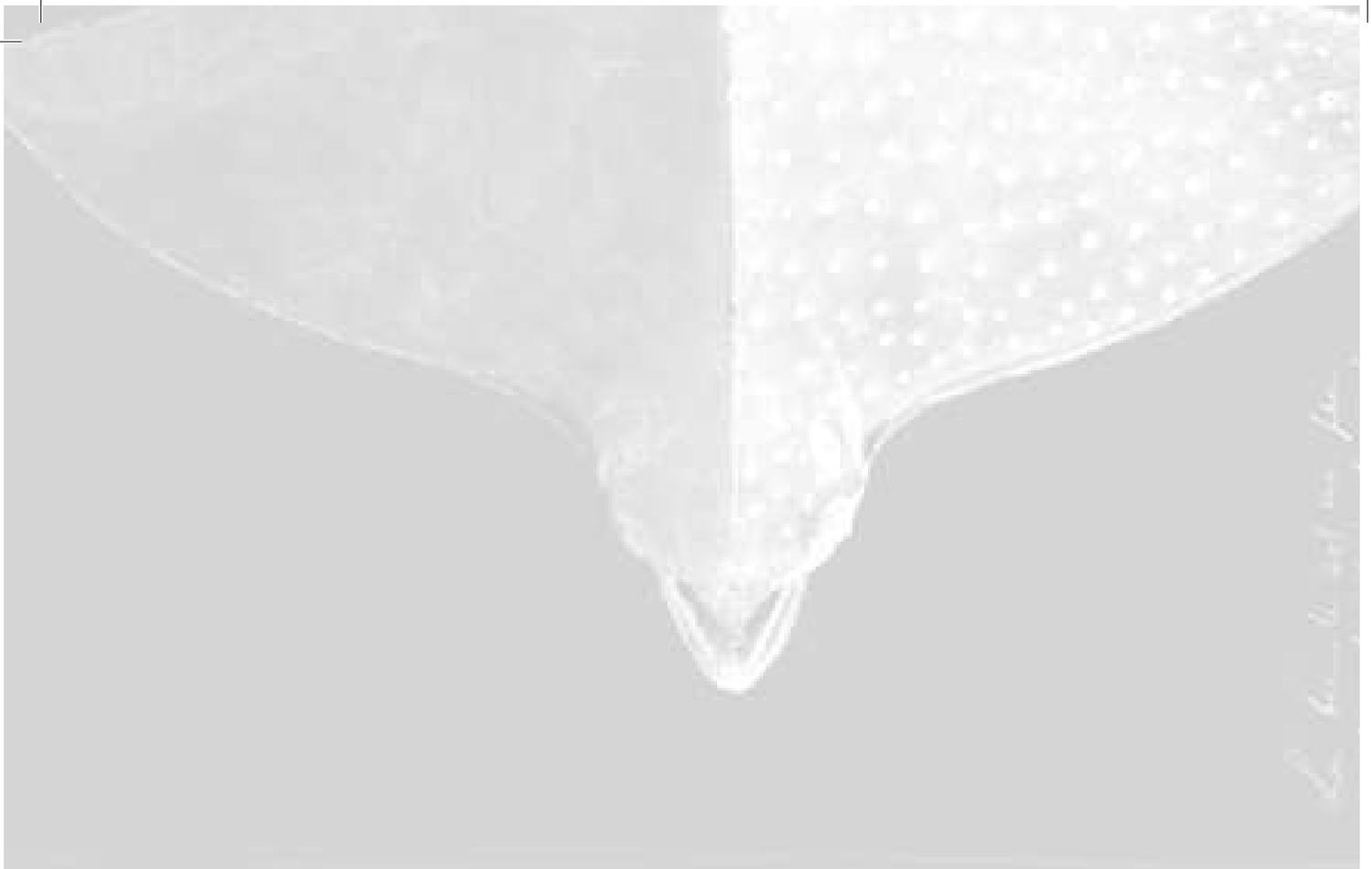


FRANCISCO  
PANCHO  
D'AGOSTINO

# ALGUNA OBRA





**FRANCISCO  
PANCHO  
D'AGOSTINO**

# **ALGUNA OBRA**

Edición y prefacio  
de Rodrigo Labriola

Diseño  
de Gabriel Macarol

**2021**

© 2021 – para esta edición: Aguafuerte / Rodrigo F. Labriola  
© 2021 – Herederos de Francisco D´Agostino

Primera edición, 2021.  
Todos los derechos reservados.  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

D´Agostino, Francisco

Alguna obra / Francisco Pancho D´Agostino ; editado por  
Rodrigo Labriola ; prefacio de Rodrigo Labriola. - 1a ed. -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Aguafuerte, 2021.  
122 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-86-8435-2

1. Poesía Argentina. I. D´Agostino, Francisco. I. Labriola,  
Rodrigo, ed. II. Labriola, Rodrigo, pref. III. Título.  
CDD A861



**Aguafuerte**

[www.aguafuerte.com.ar](http://www.aguafuerte.com.ar)

## Prefacio para un sócrates atorrante

El 30 de abril de 2020 murió Francisco D'Agostino: "Pancho" para sus amigos; "Fran" para sus seres queridos; "Saverio Montiel" a veces, cuando él mismo quería esconderse de su autoría, a pesar de que nunca quiso publicar, y aunque muchos lo fatigamos con argumentos. En lo personal, a lo largo de los últimos quince años lo harté con pruebas de imprenta inútiles, pidiéndole que corrigiera sus textos. Poco logré. (Sólo ahora entiendo que casi no precisaban correcciones.) Lo que sigue es el resultado magro de esa persistente incomodidad que le causamos, y de todos los buenos momentos que compartimos. Apenas "alguna obra", de entre lo que algún día podría ser una improbable obra mayor, y desde luego entre lo que sería la totalidad vital de una obra diversa, como su personalidad caleidoscópica. A nuestro juicio, no obstante, esta pequeña porción de su escritura —de lo que no conocemos y apenas sospechamos / y la carne que tienta con sus frescos racimos / y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos—<sup>1</sup> merece una lectura más allá de los avatares íntimos de la amistad, y quizá la fruición de los otros: dueños permanentes, en su vida, de la fascinación y el desvelo.

Francisco "Pancho" D'Agostino nació en Lanús el 5 de julio de 1958, y allí vivió hasta los dieciocho años. Luego de una adolescencia al límite de la experimentación, con sustancias, música, lecturas, amigos y amores, Pancho emprende en 1976 un

-----  
1. Los versos pertenecen al poema "Lo fatal" de Rubén Darío, y evocan las incontables charlas en las que discutimos la autoría de ese poema, que D'Agostino consideraba un apócrifo de algún otro maldito, y yo no.

viaje por Latinoamérica —un exilio personal, tal vez para alejarse de toda violencia (¿por qué en esta tierra todo se dirime con balas? —se preguntará años después), más que por autopreservación en medio a una dictadura que ya pegaba duro. Los motivos íntimos de esta huida (?) del país, apenas cumplió la mayoría de edad, y sin haber terminado la escuela secundaria, siempre fueron oscuros para sus amigos. Pancho nos hablaba poco de sí, y casi nunca de su familia. Pero sospecho que ya buscaba intuitivamente la distancia y a los otros, escapar de la endogamia fratricida, conjurar abortos, cauterizar cualquier vestigio de nacionalidad sanguinaria en él. Este fue el comienzo de su escritura.

Como muchos jóvenes de ayer y de hoy, salió de Argentina con el sueño de llegar a Europa. Pero a diferencia de otros muchos, nunca llegó ni llegaría. Lo atraparon los lugares y la gente, se perdió en la selva próxima y en la vecina. No es casual que una de sus novelas preferidas fuera “La vorágine”, de Eustasio Rivera. No hubo aviones ni aeropuertos, ni barcos románticos ni trenes de carga: viajó al Brasil en un ómnibus del Expreso Pluma, y desembarcó en la terminal Menezes Cortes, en pleno centro de Río de Janeiro, sin hablar una palabra de portugués, sin papeles. Muchos años después, una noche de borrachera en los arcos de Lapa, me contó que lo único que recordaba de esa llegada era el cartel de la oficina de “Achados e perdidos”.<sup>2</sup>

Pero Río no estaba lo suficientemente lejos, y siguió viaje hacia Salvador, y después hacia la región amazónica, y suponemos que vagabundó por gran parte del territorio brasileño en

-----

2. El equivalente en español es la oficina de “Objetos perdidos”, y varias veces comentamos la paradójica metáfora de una traducción literal: “Encontrados y perdidos”. La segunda parte de este libro lleva ese subtítulo.

las condiciones más precarias y peligrosas que sea posible imaginar para un joven de veinte años solitario y sin dinero, pues el período de la vida de Francisco D'Agostino que va de 1976 a 1980 es uno de los más desconocidos y enigmáticos de su biografía.

Lo poco que sabemos (que nunca se sabe) de esos cinco años de errancia nos lo ubica desorganizadamente hacia el norte en Salvador o Manaos, hacia el sur en Ouro Preto o Belo Horizonte, con curiosos lapsos de largo silencio que están escandidos por sus primeros poemas, a los que iba escribiendo en una mítica libretita roja, hoy ya extraviada. Sin embargo, Manaos y la Amazonia tal vez sean los espacios que más lo hechizaron de la terra brasilis, y donde están fechados varios de sus mejores poemas —algunos de los cuales seleccionaría, corregiría e incluiría en su único libro terminado dos años antes de morir: “Vicente, mis sapos y el urubú de Durero”, obra que integra la primera parte de este volumen.

En algún momento de 1981 abandonó Brasil y cruzó la frontera rumbo al Perú, pasó por Lima, se unió a una compañía de teatro trashumante que siguió camino hasta llegar a Ecuador. Hizo música y actuó en espectáculos callejeros de creación popular y colectiva, y finalmente abandonó ese grupo de gitanos al entrar en Colombia y recalar en los barrios bajos de Cartagena de Indias.

La situación política en la Colombia de aquellos años estaba marcada por la guerrilla del M19 y paramilitares variopintos aterrorizaban los lugares más miserables de Cartagena. Ciertas historias de este período caracterizan a Pancho D'Agostino. En una oportunidad, solo frente a una patota amenazadora, sacó la pija y fue meando un círculo de protección animal a su alrededor; no se atrevieron a molestarlo. En otra (que ostensiblemente replica la anterior), siendo detenido a la noche por dos policías,

mostró el único documento que tenía encima (una vieja cédula de identidad, sin validez pero emitida por la Policía Federal Argentina antes de 1976). Los tipos leyeron y preguntaron: “¿Eres o eras?”; Pancho dijo seguro: “Soy”. Lo dejaron irse: entendieron que era un sicario argentino en misión de inteligencia... Allí logró sobrevivir gracias a que consiguió quien lo protegiera: un venezolano portentoso apodado “Camay” (marca de un famoso jabón de tocador en Venezuela). Camay metía miedo y con Pancho se hicieron amigos y casi socios, pero en el fondo el hombre sufría por no poder regresar a Caracas, en donde vivía su familia, por falta de dinero (según decía). Cuando Pancho D'Agostino regresó por primera vez a Colombia en la década de 1990, viajó a Cartagena de nuevo sólo para encontrar a Camay y ofrecerle la plata para volver, pero ya nadie se acordaba de él.

En fin, lo cierto es que mucho de la vida de Pancho en Cartagena o a partir de entonces se conoce gracias a sus propios relatos (que le extraímos a la fuerza), o a la corroboración de su gran amigo colombiano, a quien también reconocerá como su maestro en la escritura: Darío Arguello Garnica. De hecho, e incluso más que por sus experiencias de peregrino en Brasil, la historia y la escritura de Pancho fueron madurando durante la época en que residió en Colombia, entre 1981 y 1983, y sobre todo desde que se instaló en Bogotá, porque con el impulso de Darío y de sus nuevos amigos de la Universidad Pedagógica comienza una actividad que le caracterizará su singular escucha de los otros hasta morir: la docencia.

Ocurre que Francisco vivía en la casa de su amigo Darío (por entonces, un joven profesor con algunos años más). Junto a su novia había acogido al joven argentino casi como a un hermano menor o a un hijo, cediéndole para dormir el cuarto en el que guardaban los muñecos de títeres de las peñas culturales donde

a veces se presentaban. Francisco vendía folletos con sus poesías y tallaba figuras de monos en cocos para sobrevivir, juntar dinero y volar a Europa. Pero Darío y el resto de sus amigos y compinches ocasionales —como el pintor Alejandro Obregón, los poetas Armando Rodríguez Ballesteros y Celedonio Orjuela, el escritor Hernán Borja, el artesano Raúl Cortés, y tantos otros del Barrio Bosque Popular, como Jorge Arciniegas, Chelo o el colectivo Juan Carlos— reconocían en Francisco D’Agostino a un muchacho que les sorprendía y los deleitaba con sus innumerables lecturas, muchas de las cuales citaba en largas parrafadas de memoria (en particular, de textos de Julio Cortázar). De modo que al poco tiempo Francisco ya estaba dando clases de español para adultos en el ISNEM (Instituto Social Nocturno de Enseñanza Media), aunque ni siquiera hubiese terminado la escuela secundaria. Así, la experiencia de enseñar a personas humildes, a veces mucho mayores que él, le brindó a Pancho una mirada especial como docente, que marcará el resto de su carrera en la educación una década después, ya de vuelta en Buenos Aires, al frente de dos proyectos pedagógicos innovadores en los colegios Proyecto 3 y Aula XXI. Y algo de ese contrapunto propedéutico entre Colombia y Argentina se intuye en las primeras páginas de “Vicente, mis sapos y el urubú de Dureró”.

Esta primera etapa de la vida de Pancho D’Agostino acabó con su retorno a Buenos Aires a fines de 1983, deportado después de un intento fallido de llegar a Francia via Aruba. Con veinticinco años, sin profesión fija ni recursos, se instala de nuevo, a desgano, en la casa materna de Lanús. Pero ya era otro: se autocontrola los excesos y paraísos artificiales con cigarrillos “Piel Roja” que le envían sus amigos colombianos y, mientras trabaja manejando un colectivo de la línea 56 (propiedad de su padre), estudia y termina la secundaria, y algunos años después,

hacia el final de los años 80, se gradúa como sociólogo en la Universidad de Buenos Aires. Es éste un período de transición en su escritura, casi sin vestigios, salvo por la fama legendaria de su colectivo 56, que andaba de Retiro a Villa Lugano lleno de poesías propias y ajenas pegadas en su interior, aunque los inspectores quisieran obligarlo a sacalas. Si de algo sirve, puedo atestiguar que siendo yo un adolescente de quince años, que para volver del colegio tomaba la línea 56, leí por primera vez a William Blake gracias a Francisco D'Agostino, aunque sólo llegaría a conocerlo personalmente varios años más tarde.

La década de 1990 marca el inicio de una segunda y muy productiva etapa en la vida y obra de Pancho. Después de recorrer un espinel agotador de escuelas secundarias como docente, es convocado por Elena Rusconi para organizar el proyecto pedagógico del Colegio Proyecto 3, cuyo modelo democratizador y progresista significó un cambio en la educación porteña. Fue rector de Proyecto 3 hasta su cierre en 2002, y su influencia resultó fecunda no apenas en toda una generación de alumnos, sino también entre el grupo de profesores más jóvenes que pronto nos aglutinamos alrededor de la figura tutelar de Francisco Pancho D'Agostino, como Miguel Mazzeo, Damián Zantleifer, Marcelo Di Elsi, María Fernanda Maquieira, Karina Maddonni, Gabriel Macarol, Luis Parrilla, José González Ríos, Edgardo Álvarez, Andrés González y yo mismo.

En este punto de la biografía de Pancho los acontecimientos y los episodios se multiplican y diversifican en la memoria colectiva de discípulos y amigos; aquí sería inútil para el lector que intentase agotarlos. Lo importante es destacar la inteligencia social de Francisco D'Agostino, para quien el trato con los otros no era meramente fomentar su encuentro, sino un componente vital del acto poético.

Encantaba a las personas con sus ideas y sus lecturas, su entusiasmo por todo tipo de música, sus discusiones y su vehemencia, y su enorme sensibilidad para escuchar. Todos sabíamos que escribía, y mucho; pero nunca quiso mostrar o leer sus textos, en parte (conjeturo) para no distraer sobre sí mismo la magia de los encuentros que propiciaba —sesiones maratónicas para reunir a sus amigos, que podían empezar con el almuerzo en alguna parrilla plebeya y cuidadosamente escogida (siempre con vino tinto, churrasco y algún tipo de ensalada con ajo), pero que nadie sabía cuándo terminarían, ni dónde, ni en qué estado.

Un dato peculiar de esa época, apuntado por Miguel Mazzeo, es que con Pancho solían recorrer casas de demoliciones y chatarrerías del conurbano, buscando cosas viejas o raras, desde bombas de agua y puertas viejas hasta pedazos de máquinas, piletas de cemento o mosaicos, y cosas por el estilo. Eran como derivas surrealistas pero con un toque fetichista, en busca de realidades muertas, con el fin de resucitarlas. Al objeto ya cargado en el baúl del viejo DKW de Mazzeo, Pancho le inventaba una historia, siempre medio a contracorriente de los espejismos de la modernización neoliberal que estaban moda en los años 90.

Anécdotas como ésta se repetían y circulaban entre sus amigos (yo mismo podría contar varias semejantes), pero la clave es que en ellas Pancho nos cedía su protagonismo incuestionable, que sólo se nos hacía patente al compartir nuestros relatos, cuando él estaba ausente. En efecto, otra observación (que surge sólo a la distancia) es que pocas veces Pancho se reunía con más de cuatro o cinco amigos en cada encuentro, para mejor “atenderlos” (en el sentido de estar atento) uno a uno. Era un truco más de su repertorio de estrategias para el magisterio oral —decía Mazzeo—, ardid de un socrátes atorrante. Por entonces, los hijos pequeños de Miguel Mazzeo, de Gabriel Macarol, mis

propias hijas, casi todos sus alumnos del colegio, ya sabían que Pancho era un mago, no un vulgar ilusionista. Nosotros también.<sup>3</sup>

Hacia 1996, Francisco D'Agostino ideó un nuevo espacio de complicidad para la comunidad de amigos que venía reuniendo, y así nació el grupo “Fuenteovejuna, lo hizo”: una mezcla de editorial con agencia de publicidad y cofradía de arte. Entre los varios proyectos realizados estaba la colección de libros “Escritos de...” —publicada por Alfaguara (Infantil y Juvenil)—, compuesta por varias antologías de textos literarios organizados por los temas de terror, de misterio, de amor, de ciencia ficción, de humor, etc. Ese formato fue pensado para ser intervenido por sus lectores, y es justo decir que resultó un rotundo fracaso, ya que la mayoría de los docentes se negaban a que sus alumnos escribieran dentro de los libros. Pero este gesto desacralizador marcó también otras empresas con mejor fortuna, como las multitudinarias conferencias en Buenos Aires de los diseñadores David Carson en 1997 y P. Scott Makela en 1999; eventos organizados a la manera de grandes fiestas, con música e intervenciones diversas de las artes visuales y la palabra poética. “Fuenteovejuna, lo hizo” operó como un grupo de agitación artística y cultural hasta el cierre del Colegio Proyecto 3, a consecuencia de la crisis argentina de 2001.

Es entonces que nace para la literatura Saverio Montiel. Con tal pseudónimo (“Saverio” por el personaje de Roberto Arlt; “Montiel” por su apellido materno), Francisco D'Agostino firma los primeros poemas que empieza a difundir entre algunos pocos

-----  
3. La variedad de los amigos de Pancho era proverbial. Contra lo que pueda parecer, sus partes más oscuras solían encapsularse en vínculos distantes de lo intelectual, templados en escasas palabras y muchos silencios, como la complicidad que tenía con su entrañable Miguelito (desde la infancia), o la posterior y no menos temprana amistad con su alumno Nicolás Mazzola.

amigos: un material que venía puliendo desde hacía mucho, y que finalmente cristalizará en la obra “Vicente, mis sapos y el urubú de Durero”. No obstante, el sintomático artificio de enmascarar su autoría indica también su voluntad de impublicable y la necesidad que Pancho tenía de continuar haciendo de la docencia su arte mayor.

En lo académico, se verifica que Francisco D’Agostino continuó su formación con un postgrado en Ciencias Sociales (con mención en Psicoanálisis y Prácticas Socio-Educativas) de FLACSO; fue durante veinte años docente universitario en el programa UBA XXI y tutor del Ministerio de Educación en varias escuelas públicas; y se desempeñó como rector del colegio secundario Aula XXI entre 2002 y 2013, viajando con grupos de alumnos a Estados Unidos.

Sin embargo, las verdaderas cualidades de Pancho como maestro sólo se apreciarán cuando se cuente y se explique por qué y cómo, una mañana, llovieron pequeños poemas en el patio de su escuela (y tal vez haya que explicar también, hoy día, qué es una escuela); o cuando otros alumnos digan que les hicieron izar la bandera con todo el colegio de espaldas; o cuando alguien más relate que Pancho prendió fuego en su clase a un billete de los grandes para explicar el fetichismo de la mercancía; o quizá cuando muchos más recuerden, todavía sorprendidos, que se armaban grupos de poesía para competir contra la transmisión de los partidos de un campeonato mundial de fútbol —negocio que D’Agostino despreciaba desde 1978. Solidario con la transgresión poética, su método era algo así como quitarle el piso a los pibes: ninguna certeza, ninguna afirmación demasiado tajante, mucho de misterio y ficción y, por qué no, una pizca de perversidad. Tal vez era demasiado, o por momentos angustiante y hasta delirante para los adolescentes, pero mucho más lo era para sus

padres y demás funcionarios decorosos: llevar las cosas hasta el borde, casi hasta el punto en que se derrumbarán, y detenerse en esa tensión para ver qué es lo que pasa en ese instante. Extremo, si se quiere, pero con una lúcida y sensible creatividad. Un predicador de la impostura, como lo definió Edgardo Alvarez: alguien que siempre parecía estar pensando en cómo destrozarse la escuela desde adentro. Era previsible, entonces, que ya bien avanzada la inquisición actual de corrección política y cancelaciones, Pancho D'Agostino abandonara Aula XXI y, para rebuscarse el pan en sus últimos años, volviera a dar clases desde el llano, día a día, en la precariedad eterna de las escuelas públicas.

Esta última etapa de su vida, que se inicia alrededor de 2013, estará definida tanto por la preocupación y el cuidado que les brindó a su compañera Mabel Arnejo y a sus hijos Lucía y Bruno, como por la organización consistente (aunque secreta e inconstante) de una obra poética —que hemos intentado recopilar en este libro. No obstante, hay que enfatizar que se trata tan sólo de “alguna obra”, pues la poesía de Pancho puede compararse con un iceberg: es una gran masa textual oculta bajo la línea de flotación social, cuya parte evidente fueron los encuentros con sus amigos... y la música.

En especial, durante esta última fase, su vínculo con Gabriel Macarol y con el baterista Tomás Cipolla (“Chipo”, uno de sus ex alumnos) significó el retorno de Pancho a las cuerdas de la guitarra y del bajo, a su juventud errante y a “un sueño pendiente”. Se juntaban cada tanto a hacer música y Chipo cuenta que una noche, escuchando a Elis Regina cantar “Como nossos pais”, Pancho iba traduciendo la letra con la mirada en alto y el ceño fruncido. “Ahí me contó —sigue Chipo— que en su adolescencia, para él y sus amigos Spinetta era dios, que Harrison lo había impresionado por su estilo, y también me leyó un frag-

mento de un libro sobre jazz referido a John McLaughlin, donde lo destacaban por ser el único que había brillado en todos los estilos: flamenco, jazz-rock, fusión hindú, clásica.” Entre sus guitarristas más admirados como intérpretes y compositores, Pancho solía mencionar a Robert Fripp con el dark inglés, a Frank Zappa con el humor, y siempre a John McLaughlin por la fusión de Oriente y Occidente. Pero a propósito de “Beyond Missouri Sky” (de Charlie Haden y Pat Metheny) comentaba que “se escuchaba el sonido de los dedos deslizándose sobre las cuerdas” —lo cual no es sólo bello sino también absolutamente cierto— y remataba: “toda música contiene en sí misma un abismo, pero en la de McLaughlin no lo siento casi nunca”.<sup>4</sup>

En resumen: a pesar de que la obra poética de Francisco Pancho D’Agostino aún está por ser descubierta y estudiada en profundidad, sin duda la música fue uno de los elementos centrales que guiaron su escritura. “Para Pancho, la música y la letra eran como dos hermanas: si una dependía de la otra, estaba mal; tenía que haber un equilibrio muy sutil entre ambas”, comenta Chipo, y agrega que Pancho un día le contó que había abandonado su psicoterapia para sustituirla por un curso de historia de la música clásica dedicado a Stravinsky. Esto resulta bastante claro en algunos de los textos que dejó sin terminar, como “Esquizofrenia”. La música, sin embargo, habría funcionado como la orquestación de lo invisible: un coloquialismo expresivo de la amistad y del diálogo con los otros, que se emparenta con las voces de Juan Gelman y Paco Urondo, y también, en una amalgama extraña de alucinación y paranoia, con la de Alejandra Pizarnik.

-----  
4. En 2018 Pancho conoció a McLaughlin en Buenos Aires. Macarol cuenta que, como a Pancho no le salían las palabras, McLaughlin le acarició la cara.

Cuenta Mabel Arnejo —su amada incondicional— que en enero de 2018 la cirrosis empeoró de golpe y Pancho supo que estaba con el tiempo marcado. Un día le preguntó si no quería volver a viajar, como lo había hecho de joven; salir a buscar por el mundo nuevas cosas; reencontrarse con ese hombre que había sido. “Estoy donde quiero estar”, le respondió Pancho (“maldito maestro”, llamó al tiempo en cierto poema). Hasta fines del 2019, aunque cansado y con la salud muy deteriorada, seguía disfrutando de dar clases, estudiando, haciendo cursos, leyendo y comprando libros para seguir engrosando su inmensa biblioteca, “que es la herencia que les dejó a sus hijos”, dice Mabel.<sup>5</sup>

Un jueves, poco antes de cumplir sesenta y dos años, en medio de la pandemia de coronavirus, Panchito se nos fue. Hace exactamente un año, su amigo Andrés González envió un mensaje que vale la pena compartir: “Recién vengo de acompañar a Mabel a dejar el cuerpo de nuestro amigo en Chacarita para su cremación. Paradoja Dagostiniana, un hombre que, entre tantos dones, tenía el de saber reunir a las personas, se va en tiempos de aislamiento social.”

El luto fue haciendo su trabajo, y yo el mío. Para este prefacio y la selección del material agradezco la colaboración de Mabel Arnejo, Gabriel Macarol, Nicolás Mazzola, Tomás Cipolla, Miguel Mazzeo, Edgardo Álvarez, Karina Maddonni, Juan Bustos, Darío Arguello Garnica, Andrés González y Enrique D’Agostino.

RODRIGO LABRIOLA

Río de Janeiro, 30 de abril de 2021

-----  
5. Una lista de autores y libros relevantes para Francisco D’Agostino se infiere de las “dedicatorias”, editadas en la segunda parte de esta publicación.

SOBRE LA CICATRIZ LA TIERRA

escaleras mediante

serpientes mediante

a corromper el aire como en la mejor primavera

a editar el propio lamento, acabar entre los dedos

filamentos de amatista

tres monedas de un centavo, un folk song

y la alianza triunfa en la provincia de buenos aires

a seis minutos para las siete.

Qué es esa mirada que arranca la piel

cual fábula de leprosario.

Ese colectivo vuelve a volar por la autopista Ricchieri

todas las tardes de primavera a las siete menos cuarto

vuelve a espantar ese olor a personas corrompidas

vuelve a vomitar las almas en el estío

La villa de Blanco Encalada

La estación de Puente Doce

La rotonda de Villa Celina

La esquina de Mariano Acosta y Avenida del Trabajo

Subte.

La puta madre que te parió vicente!

por qué carajo te guardás las ramas de paraíso

[en los bolsillos del saco?]

qué soberbia de mierda!  
y mientras,  
marta que me chupaba la pija  
en el asiento de adelante  
dos minutos antes  
de que camine su marido por la cabecera de Tapiales  
a medio metro del colectivo parado.

# URUBÚ

Mes de aire austral y curvas altas  
cuevas de soledad en los ojos del hombre  
cuevas de maniqués en la boca,  
y en sus brazos va la cruz  
subiendo el río,

la voz le brota amarga  
en un grito que no es suyo  
que es de antes  
anterior al río y a su instinto  
anterior a ese sacrificio absurdo,

el hombre se apaga en la orilla,  
con la garganta clavada en la flora  
resiste la seducción del beso  
lavado de sangre,  
ataca  
con la piel mordida,  
el agua amarga y la división de la sangre,

el hombre cierra su memoria  
en una feria de pescadores  
iluminada por velas,

el hombre no se derrama  
se quiebra como una estatua  
y solo el grito perdura al espectáculo,  
tornándose sombra  
oración negra,  
urubú.

**(MANAUS, 1980)**

# CONTINUO JUNGLA ECUATORIAL

Los ecos me transmiten tu masturbación,  
el intervalo perfecto de los trapecios  
y percibo lleno de colonias  
ese miedo, la música purificadora  
tonada de luna y movimiento  
los ojos en caravana  
el sol...

Y si vas a contraer tu interior  
mantenélo  
al comienzo es pose de iguana  
tobillo hasta el polen  
torciéndose de pluma y sudor  
por el corazón siempre saltar pus  
cardumen devorándose periféricamente  
y a Dios va mi intento de arrancar  
un cuerpo del antes  
genital mosquitero puma  
y el vals de BU-BU, escapando,  
porque traje:  
sueño y sentencia,  
terror a diciembre y a vos sepultura,  
rana abierta,  
para eso  
tanto despertar con las piernas manchadas

[de trineos...]

Leche de tu pesebre,  
yo te cultivo nieve perfecta  
blanca de resurrección  
blanca de mierda.

(MANAUS, 1981)

# ESQUIZOFRENIA

## I

Es muy temprano y yo quisiera tomar  
veneno, membranas secas de serpiente.  
No tener la opresión de haber renunciado  
a todo lo que se me ofreció, y ser un pez.  
Disimular mis heridas en la espesura del agua,  
cambiar el aire por el agua. Volver al vientre  
de mi madre.  
Aniquilarme.  
Saber sin error los tratados del código penal,  
ir de la ley a la doctrina, de la doctrina  
a la jurisprudencia, sin dejar un intersticio  
para el cuerpo desnudo de la víctima.  
Quiero encarnar  
todos los modelos económicos, supurar  
por los balances, inundar los mercados  
con una tecnología despiadada de puro cálculo.  
Necesito lacerarme las manos para poder escribir.  
Ser en la pantalla, sentir la interferencia  
de un bit, y desaparecer cuando sus manos  
busquen en el teclado la función DELETE.

## II

Ojalá pudiera escribir  
como la pintura de Van Gogh  
una tuberculosis de palabras amarillas  
que vuelan  
y un silencio negro, repentino.  
Dejo sobre el cenicero el cigarrillo cubano  
que me sofoca.  
Siento el contacto de mis yemas con lo abrasivo  
del papel encendido. Mi estómago se queja  
y mi sexo está irritado.  
Hace un rato me masturbé  
en el baño del Nicolás Avellaneda,  
miraba los altos techos  
donde se empotran las tuberías del agua  
como arterias hinchadas. Imaginando una escena  
con una mujer y un maniquí...  
Se me acaba de destruir el cerebro.  
Mejor dormir un poco.

## III

Podría escribir el primer capítulo del Capital.  
Podría recitarte un poema o tejer otra telaraña,  
pero estoy indefenso  
en un rincón, y tengo los ojos secos.  
Podría pintar un sol que explote en tus manos

pero estoy solo y mejor pegarse un tiro.  
Rojo de trigo, rojo de nube, rojo de sienes.  
Mientras te sanás la locura y echás sal en la cicatriz  
mi semen deja tu garganta y vuelve a mis dedos  
rojos de semen, rojos de agujeros.

## *IV*

¿Qué placer encuentran los hombres en el trabajo?  
¿Qué se acomodó en sus cerebros, para aceptar esa forma  
de intercambio entre el tiempo y la muerte?  
¿Qué manía extraña la del poder, que inventó el género  
masculino, premiando al que seca su espíritu en vida, con el es-  
pectáculo del cuerpo seco de los otros?  
¿En qué nudo se organiza esta infamia y por qué no es-  
tamos mejor capacitados para llevarla a cabo, sin lamentaciones?

A fin de cuentas, cuando escribo también trabajo.  
¿Será ése el placer a cambio  
de someterte a la lectura  
como ya dijo Baudelaire?

Hay que recordar que mientras tú lees esto,  
yo no soy nada  
y tampoco es nada aquel que lo leyó antes  
que tú,  
mientras yo me estaba pudriendo.

# V

¿Qué hay dentro de una mosca que se queda en el medio de la azucarera abierta, mientras por mi garganta baja el primer sorbo de café? ¿Qué hay en los ojos de esa diminuta mancha negra, tan siniestra, en el azúcar, como mi angustia en el pecho?

Podría acabar con esto, podría tapar la azucarera y someterla a una dulzura mortal.

Podría arrojar el café caliente y ahogarla en el dolor, aturdida por atronador crujido.

También podría simplemente mirarla y detener en ese gesto toda mi vida.

Ser una momia que toma café.

NO TENER MÁS HUESOS Y UNA PIEL MARCHITA!

Nada de órganos. Nada de deseo. Solo.

Un cruel producto del miedo.

Una larga tira de algodón que chorrea café.

Una silla vacía con el café servido.

Una taza rota en el suelo. Una mancha.

La mosca vuela y se va, y yo no soy más

que un hombre triste.

# VI

Lo que quiero es enroscarme en ese cuerpo.  
lamerle el sudor como medusa,  
quedar desnudo frente a ella y mojarle los pies,

encallar mi tronco en su cintura  
desarticular su placer  
desandar su memoria hasta que mendigue  
su propio rastro  
y en la aurora camine sin ojos  
por una cornisa.  
Quiero que se entregue a sí misma  
y se desconozca.  
Que se descubra y sea más fiel que nunca  
a sí misma.  
Quiero herirla de muerte, quiero  
que se humedezca cuando me vea mear,  
cuando el filo de la navaja pase  
por sus dientes.  
Lo que quiero es enroscarme en ese cuerpo,  
usarlo como excusa para encenderle el alma,  
quiero laminarla, llenarla de óleos, de anguilas  
de esperma, de mimbre dorado.  
Quiero herirla de vida.  
Quiero que me abra la vulva y el clítoris  
para anudarlos, para ahogarlos  
para excitarla y que arda.  
Quiero untarle el útero con cáñamo y menta.  
Y chorrearne. Clandestino.  
Lo que yo quiero es ir más allá, quiero  
apartar las trampas que su cuerpo le pone  
a los hombres,  
quiero tocarle el otro cuerpo  
quiero encontrarla en la palabra, y ya no  
me importa si es misericordiosa o sanguinaria,  
quiero el aliento hecho signo

que exhala su garganta, quiero arrastrarla  
hasta el espejo, para que se mire  
de una buena vez!

## VII

No, no estoy sano,  
no logro desembarazarme  
del miedo.  
Escribir puede ser  
la excusa perfecta para acelerar la caída  
y que el resultado no sea más  
que dolor, un nefasto anhelo cristiano:  
huir de esta vida inventándome otra, de palabras.  
Tengo que quebrar ese remordimiento,  
ya lo sé, si no fuera...  
así voy a condenar a los que me rodean  
a la muerte, en vida  
con la que me estoy incinerando  
y eso es lo más repugnante del cristianismo:  
universalizar su veneno.  
La pregunta es:  
¿de dónde nace esta maldita?  
¿En mi corazón, en mi sexo, en toda mi sangre?  
No me siento incapaz de destruirla,  
pero la idea de su muerte torna imposible  
el primer paso.  
Ya lo dije, en este mundo el alma está de más.  
Hay que escribir absolutamente limpio, no

puedo seguir mezclando la tinta con mi semen.  
Y si lo que escribo es mierda, tiro la cadena.  
Y a otra cosa!

## VIII

Antes de ayer, muy temprano, antes de que nadie pudiera siquiera imaginarlo, sacaste el filo de tu palabra y heriste a la hiena que sedienta de venganza mostraba entre los dientes la gacela ensangrentada.

Empujados por ese grito inicial abandonamos la floresta y rescatamos juntos a la víctima, de sus fauces.

Después estallaste en risas toda la mañana. Después comenzaste a irte, te amordazaste en un rincón, tu campera y tu cabello te servían de escudo.

Y aunque todos te vimos almorzar, ya no estabas.

Ya te habías ido por la avenida desprendiéndote de ti.

Mientras yo grababa en tu contestador un mensaje,

tú eras la brisa que sube por Lacroze.

## IX

Voy a hablar de la tristeza. Ese murmullo que puede oírse detrás lo que digo, y hago.

Es mi propia sangre vuelta pesadilla en lo más lejano de su circulación.

Yo sé que el verdadero contacto no son palabras

sino mirada  
pero me resisto a la muerte.  
También sé  
que conocerte no significa nada.  
Pero sin ti  
la mirada se disuelve, entonces me quedan  
palabras. Que como el silencio no disecan  
las pasiones. Y el tiempo  
que se prende a cada resto  
de piel, es para mí  
un juego siempre deshabitado.  
Porque el recuerdo no es la sustancia del otro.  
Es apenas reflejo, desesperado  
intento de creer en dios  
cuando todo dios es un muerto.  
No puedo quedarme quieto. Estoy apresado  
en este devenir siniestro.  
Ya presiento la amargura  
que antes era desafío, y ahora traición.

Yo quiero que mi sangre sea negra como la noche.  
Quiero volver a ser eclipse.  
Hechizar las arenas y los océanos.  
Pero no ser memoria de carne. Odio  
el lenguaje no me deja dormir. ¿Cómo  
pude crearme sonámbulo si nunca  
me moví de la cama?  
Ojos abiertos y cuadriplejia. Todo se hace  
distancia en el tiempo.  
Mi gata Alana maúlla en el techo, busca  
detrás de la luna. ¿Recordará o es su puro cuerpo

lo que le mueve una sed siempre presente?  
Sé que te vas a ocultar  
y no habrá eclipse que te descubra.  
Sé que voy a deambular como el viento  
esparciendo lo que fui y lo que no fui.  
Sé que las noches no pertenecen  
y le pondrán un escenario a mi ausencia.  
Es fácil pensar que todo retorna. Pero  
yo seré salitre.  
Haré un remolino con la amargura  
para hundirme en el espanto de tu olvido.

## X

Echada de espaldas sobre el sillón, las piernas abiertas, la cadera en equilibrio. Y yo en el suelo, hurgando dentro tuyo, dejando que mis dedos naveguen tu humedad, cincelando con mis uñas tus paredes internas. Terciopelo o gamuza. Girando toda mi mano. Sacándola. Martirizando con los ojos y el aliento esa deliciosa estrechez. Vuelo vertical de albatros. Pliegue infantil. Y yo me imagino la botella azul allí, abriéndose paso imperturbable. Fría. Ultrajándote. Y me imagino que esa herida de vidrios rotos es lo más parecido a la soledad. Cuando la etiqueta estuviera cerca de tu piel, y tus fibras se tensaran, y todo tu cuerpo, hasta el más distante de tus músculos naufragara del dolor al placer. Cuando toda vos fueras una ola. Yo escribiría mi pedido de auxilio. Y empujaría la botella al mar.

# XI

Esta hipnosis de sus ojos.  
El más profundo de los lenguajes que me parte  
[el corazón.  
No me quiere dejar.

¿Cuándo me olvidé de que allí comenzaba todo?  
No me cansaba de decir:  
tus ojos, tus ojos...  
y no entendía nada, ningún arrebató.  
Hasta que lo sentí. Y fue de una estocada.  
La más profunda fuera del tiempo. Todo un viernes  
de ramos prendido a esas pestañas. Locura sí  
pero ternura mucho más.

Ay qué iluso, qué insuficiente, qué incompleto.  
En el medio de la blasfemia  
te digo que soy blasfemo.  
En el colmo de la enfermedad  
te muestro mis heridas.  
Y arrancándote un pedazo te prevengo:  
soy antropófago.  
Así es la vida.  
La visión de la catedral más imponente  
convertida en un solo vaho por mi negligencia.

Te perdono haberme mostrado que soy  
incapaz de retener entre mis manos  
la verdad. Y mucho diste de ti

para que yo salga de aquí, siendo el mismo.  
Suave el tiempo de las ilusiones, tenaz  
el de congojas.  
Y qué chorro inútil de palabras  
si no te tengo delante.  
Qué absurda mi mirada si estás ausente.

## XII

Amo a este hombre  
que sentado a mi lado, me lee un poema  
de un tiempo perdido, que un amigo  
le dejó antes de morir.

Amo a este hombre  
que cargado de una sensata iracundia conmueve  
la injusticia con cada palabra.

Este hombre viejo, que no puede  
esconder detrás de sus anteojos la niñez.  
Este hombre  
que me descarna, me desolvida en cada mirada.

Lo amo porque enfrenta  
la muerte con el corazón.  
Y porque se quedará solo hundiendo  
su rostro en la tierra.

Este hombre está creciendo dentro mío.

# XIII

Dame un beso  
pequeño como una cascada  
y después  
de que todos los volcanes incendien el bosque  
basta que entreabras tus labios  
para que las alas vuelvan  
a los pájaros, y los venados vuelvan al aire.

Me basta el sí de tu boca para reinventar el diluvio.  
Por favor, desanda  
mis etapas geológicas, dale tu aliento  
a esta manada de hombre solo que soy.

Por favor, con tu paladar  
indícale el rumbo a las tortugas  
que nacen ciegas y buscan el mar.  
Y no te olvides de los cangrejos, tan secos  
sin tus encías.

Desata  
con tu lengua, la magia  
que esta ceremonia reclama.  
Humedéceme los dientes. Con eso basta.

Por favor, esta noche  
toda África depende de ti.

# XIV

Una parte de mí se quedará aquí.  
En este lugar del cual nunca te hablé.  
La parte de mi corazón que decidió quedarse  
tiene todo lo que necesita para estar bien.  
La choza es pequeña, pero los días  
siempre son cálidos.  
Hay una cama, una mesa, una silla  
papel y lápiz.  
Y nunca falta un poco de vino. Por las mañanas,  
después de que te vas, salgo a recorrer la costa  
junto a los pescadores que preparan las velas  
para una nueva jornada.  
Mientras tu casa está sola, ellos  
parten hacia alta mar,  
y cuando vuelven comparten conmigo la faena.  
Aquí vivo  
tranquilo, el sol no me lastima y el amor  
es como un rayo verde, una esperanza que puedo  
salir a buscar cada atardecer.  
Cuando tú regresas,  
las velas están dispuestas  
como si nunca hubiese partido  
y mi choza amarilla se disimula  
entre otras chozas, también amarillas.  
Aquí todo es tibio  
y no hay dolor. Si alguna vez,  
al abrir la puerta, crees ver  
una ventana que se cierra

o a un hombre que corre desnudo y se oculta  
no te asustes,  
ya sabes, a veces el hombre  
elige un rincón donde descansar.  
Esa es la parte de mí que se quedó aquí.  
En el refugio  
de este cuadro. Frente a tus ojos  
cuando regresas.  
Acariciándote la espalda cuando te vas.  
Me quedo en este cuadro de Claude Monet.  
Aquí,  
tú eres mi horizonte y mi cenit.

# EL CRISTO ROJO

ENVENENADO de noche, cuando los relojes sentencien las tres primeras horas del séptimo día, irá, como un fantasma helado saltando, sobre los árboles de la calle Freire, un cordero de colores.

# Índice

<b>PREFACIO PARA UN SÓCRATES ATORRANTE</b>	.....p.5
<b>VICENTE, MIS SAPOS Y EL URUBÚ DE DURERO</b>	.....p.17

¿Qué se hizo del ISNEM...  
Apuntes del desahogo  
Te vas como llegaste...  
Sobre la cicatriz la tierra...  
Vientos bíblicos  
Parques  
Tríptico  
Buenos Aires tribu  
Las tardes  
Urubú  
Mi Jesús,  
Del cuadro colgado en la pared...  
Digo menteviento...  
Continuo jungla ecuatorial  
Poema de amor  
Al cabo comprendo...  
Belo Horizonte, 1981  
Entre Victoria y yo...  
Hoy incendié una casa...  
Ella se retrata...  
Escribir es como nadar...

<b>ACHADOS E PERDIDOS</b>	.....p.59
---------------------------	-----------

Esquizofrenia  
Moustro, monstro  
Lo que no me deja dormir son tus ojos  
Los frutos pendientes

Agendas  
Como la luz...  
Hoy pude ver...  
La transeúnte,  
Mi fin de semana  
Antes de que tocara el último timbre...  
Te debo una canción...  
Diciembre  
Navidad  
He logrado meditar...  
La máquina infernal...  
La primavera. Sus primeros brotes. Y en mi cuerpo...  
12 monos  
Su dominio, ésa es la palabra, no otra...  
Dedicatorias  
La noche  
Carta  
El cómodo tren  
El cristo rojo  
Angélica  
Querido amigo,



**UN MAR PARA PANCHO, DE KARINA MADDONNI.**

**FOTOGRAFÍA DIGITAL MONOCROMA (2021)**

**DE LA SERIE "STORMY WEATHER" (2005).**